

## Una enfermedad social: la histeria y los roles de género en *Doña Milagros* (1894), de Emilia Pardo Bazán

Colleen McAlister

Desde la antigüedad, la histeria se consideraba una condición femenina. En textos y discursos médicos, la enfermedad se atribuía al desplazamiento del útero de la mujer (Veith 1-2). Esta teoría uterina continuó siendo la más aceptada hasta el siglo XVII, época en que los médicos asociaban la histeria con un problema cerebral o del sistema nervioso como causa de dicha enfermedad. Asimismo, la existencia de una histeria masculina fue sugerida en un primer momento por el médico francés Charles Lepois en el siglo XVII, aunque no fue hasta el siglo XIX que la comunidad médica tomó en serio esta idea (Micale 366). La teoría uterina experimentó una revitalización en los siglos XVIII-XIX y también surgió la noción de que la histeria podría ser causada por un problema ovular. A mediados del siglo XIX, el médico francés Pierre Briquet fue el primero en rechazar por completo las teorías uterinas y de los ovarios, y abogar por una causa puramente neurológica, facilitando así la posibilidad de estudiar el fenómeno de la histeria masculina (368-69). Hacia finales del mismo siglo, el neurólogo francés Jean-Martin Charcot profundizó en el estudio de las causas y los síntomas de la histeria tanto en las mujeres como en los hombres, y el concepto de una histeria masculina llegó a ser aceptado debido, en gran medida, a su trabajo en el Hospital de la Salpêtrière en París (*The Tuesday Lessons* 116). La histeria continuó llevando consigo una distinción de género, aun con el abandono de la teoría uterina y la inclusión del hombre en la conceptualización científica de esta enfermedad.<sup>1</sup> A diferencia de la histeria femenina, explicada por las cualidades inherentes y los excesos de emoción característicos de la mujer, la histeria masculina se atribuyó más a los factores externos con los que el hombre tenía que enfrentarse en su vida diaria (Furst 113-14). De esta manera, las perspectivas dominantes de la época sobre el comportamiento social normativo de cada sexo, y las diferencias biológicas y psicológicas entre ellos, figuraban en la distinción teórica entre una histeria femenina y otra masculina (Showalter 308-09, Ender 33). Aunque esta diferenciación fue aceptada por una gran parte de la comunidad médica, los intelectuales decimonónicos de otros campos aportaron sus propias contribuciones a las interpretaciones de esta enfermedad.

Un ejemplo del tratamiento literario de la histeria aparece en la novela *Doña Milagros* (1894) de Emilia Pardo Bazán.<sup>2</sup> A primera vista, la autora nos presenta el caso de una típica mujer histérica representada por el personaje de Argos, una de las protagonistas de la novela. Sin embargo, al tener en cuenta la obra en su totalidad nos damos cuenta de que la histeria afecta

también al personaje de don Benicio, su padre. A través de los personajes de Argos y don Benicio, Pardo Bazán traspone al plano literario los debates médicos sobre la histeria en el siglo XIX y, a la vez, cuestiona la noción de una enfermedad cuya diferencia está marcada por el género. De igual forma, la obra muestra cómo los roles impuestos por la sociedad española finisecular en la mujer y el hombre representan un modelo para entender la génesis y el recrudescimiento de la histeria.<sup>3</sup>

*Doña Milagros* no es una de las obras más conocidas de Pardo Bazán. Sin embargo, el lectorado puede reconocer los personajes de Benicio y Feíta Neira de una novela más estudiada, *Memorias de un solterón* (1896). Las dos novelas que conforman el “ciclo de Adán y Eva” abordan el tema de los roles de género, así como la problemática de las expectativas marcadas por la sociedad española finisecular que afectan tanto a los personajes femeninos como a los masculinos. Pardo Bazán se acerca también al tema de la histeria y a su identificación como una enfermedad femenina en *Los Pazos de Ulloa* (1886). En su artículo sobre la histeria en dos cuentos de Pardo Bazán, Jennifer Smith estudia el aspecto de la sexualidad reprimida y la histeria en “La novia fiel” (1894), y el de la relación desigual entre médico varón y mujer histérica en “Error de diagnóstico” (1907). En esta misma línea, Gabriela Pozzi analiza tres cuentos fantásticos de dicha escritora—“Hijo del alma” (1908), “El antepasado” (1899) y “Las espinas” (1919)—y en su investigación establece que Pardo Bazán utiliza el ámbito de lo fantástico como un espacio seguro en el que se puede tratar los temas de la sexualidad, la histeria y los discursos científicos de la época. La intención principal del presente artículo es expandir el *corpus* teórico sobre la histeria en las obras de Pardo Bazán a través del análisis de una de sus novelas menos estudiadas.

La siguiente sinopsis del argumento de la novela nos ayudará a conectar la manifestación literaria de la histeria en *Doña Milagros* con los discursos médicos del siglo XIX. El narrador es Benicio Neira, cuya esposa Ilduara muere al principio de la novela debido a complicaciones médicas surgidas tras los dieciocho embarazos que había tenido. Tras este suceso, don Benicio queda encargado de cuidar de sus hijas, cuya edad casadera agrava el conflicto familiar. Después de la muerte de Ilduara, doña Milagros, la vecina de la familia Neira, actúa como madre para las hijas más jóvenes. Cada una de las hijas enfrenta a la muerte de su madre de una manera distinta, aunque la más dramática es la reacción de Argos, quien empieza a mostrar síntomas físicos y psicológicos propios de la histeria. Su padre no sabe cómo remediar la situación y también está preocupado por los problemas financieros de su familia, los cuales disminuyen las oportunidades de las hijas para contraer matrimonio. Encima de eso, don Benicio se da cuenta de que siente una atracción por doña Milagros, cuyo estatus de mujer casada le prohíbe consumir su deseo sexual. El amor que siente Argos por el Padre Incienso, el cura jesuita de su pueblo, es un amor imposible también, y don Dióscoro Napelo, uno de los médicos que la examina, implica que la frustración sexual de Argos se manifiesta en los síntomas histéricos. El conflicto central de la novela gira en torno a la curación de la histeria de Argos, la cual paralelamente representa la búsqueda del alivio de los deseos sexuales frustrados de varios otros miembros de la familia Neira.

Para apoyar nuestro análisis de la histeria en *Doña Milagros*, nos centraremos en la percepción de esta enfermedad en el siglo XIX a través del trabajo de Charcot. Los estudios

previos al desarrollo de las teorías psicoanalíticas de Sigmund Freud proponían varias teorías sobre las causas, los síntomas y los tratamientos de la histeria. Charcot ofreció una explicación biológica del mal, y teorizó que había cierto tipo de lesión en el cerebro u otro órgano del cuerpo humano que causaba la histeria; una lesión que la ciencia y los instrumentos médicos nunca habían podido identificar (Furst 114). El discurso médico dominante enfatizaba la conexión entre la idea de que la mujer posee una disposición natural a las emociones fuertes, y que el exceso de estas emociones se presenta como los síntomas de histeria.<sup>4</sup> En la sociedad europea finisecular, se esperaba que la mujer ocultara estas emociones (Veith 209), y los deseos sexuales no eran una excepción, según el médico inglés Robert Brudenell Carter. En 1853 Carter escribió que “when sexual desire is taken into account, it will add immensely to the forces bearing upon the female, who is often much under its dominion; and who, if unmarried and chaste, is compelled to restrain every manifestation of its sway” (33). En otras palabras, la mujer no solo estaba psicológicamente dispuesta a sentir un deseo sexual más fuerte que el hombre, sino que también bajo las expectativas sociales decimonónicas, la mujer soltera no tenía otro remedio que resistirlo y reprimirlo. Ella se encontraba en una situación irreconciliable: según los textos médicos, si no controlaba sus emociones se enfermaría con la histeria, mientras si las expresaba y actuaba conforme a sus deseos sexuales fuera del matrimonio, quedaba condenada socialmente. Esta teoría sobre la mujer, bajo la cual los intelectuales de la época observaban diferencias biológicas y psicológicas en relación con el hombre y con que intentaban explicar las causas de la histeria, nunca se probó científicamente. La imagen decimonónica de una mujer frágil y emocionalmente inestable era, en realidad, una construcción social bajo la cual ella se vio forzada a conformarse (Ender 38).

La familia de una mujer joven y soltera tenía que ayudarla a evitar las situaciones que pudieran fomentar las pasiones sexuales, aunque fueran naturales en una joven de su edad. Como dice Carter, la solución al problema era reprimir las emociones. Según las teorías de la época, la mujer debía participar en actividades propias de su género como bordar, dibujar y tocar música para distraerse. También debía hacer ejercicio, pero no demasiado, porque podría incitar sus deseos carnales y la necesidad de satisfacerlos. Debía asistir a la escuela, pero solo hasta cierto punto.<sup>5</sup> Todo fue un esfuerzo para mantener un equilibrio entre las emociones, percibidas como muy delicadas. Cuando se rompía el balance, aumentaba la posibilidad de experimentar los ataques histéricos descritos en detalle por Charcot en sus tratados médicos.

Charcot desarrolló una conceptualización de la histeria científica que, según él, podía predecir las fases regulares de un ataque de histero-epilepsia. Su hipótesis llegó a ser tan tendenciosamente precisa que afirmaba que cualquiera podía provocar tales ataques a su antojo si conociera el proceso de la enfermedad que describimos a continuación. La primera fase comienza con las convulsiones de la paciente, y continúa con las posturas exóticas, destacando el *arc en cercle*, culminando con la experimentación de alucinaciones (*The Tuesday Lessons* 104-05). Charcot señalaba que las vocalizaciones, o los gritos de la paciente, podían ocurrir en cualquier momento del ataque, pero se desarrollaban mayormente durante la última fase, la cual él denomina como “emotional outburst” (105). Estos ataques llegaron a asociarse con un acto de seducción (Ender 41), con un orgasmo femenino (Showalter 287) o con la imitación de un parto (287). De todas maneras, los ataques de

histero-epilepsia que Charcot detalla se asignaron culturalmente a la mujer, lo que reforzaba la concepción de la histeria como una enfermedad femenina.

Para el análisis, nos referimos al concepto de la histeria de acuerdo con los textos médicos coetáneos al periodo en que Pardo Bazán describe los síntomas de Argos y don Benicio. Es decir, los estudios de Freud, por ejemplo, no figuran en nuestra interpretación porque son posteriores a la publicación de la novela. De igual forma, consideramos los factores sociales que mencionan estos textos y cómo inciden sobre la enfermedad, puesto que vamos a investigar los factores sociales presentes en la novela que contribuyen a la histeria en Argos y en don Benicio. Como afirma Noël Valis con el ejemplo de Ana Ozores de *La Regenta*, no todos los pacientes literarios de la histeria son iguales, y es imprescindible que cuando nos aproximamos a un caso, tomemos en cuenta las particularidades de la situación social, familiar y espiritual para poder entenderlo (345-47).

Argos, la paciente más llamativa de *Doña Milagros*, exhibe muchos de los síntomas típicos de una mujer con histeria, según el conocimiento decimonónico. Antes de experimentar su primer ataque, don Benicio explica que Argos posee un temperamento dispuesto a las emociones fuertes (Pardo Bazán 635). Cuando sufre dicho ataque, la descripción incluye los síntomas enumerados por Charcot: “Vino el anunciado sopitipando, la convulsión con sus arrechuchos delirantes, sus contorsiones frenéticas, sus chillidos, sus ímpetus suicidas de batir la frente contra los hierros de la cama o la madera de los muebles. Argos se dislocaba, se descoyuntaba, formando su cuerpo arco vibrador, como espinazo de culebra” (637). En otro momento, el doctor Moragas describe las alucinaciones de Argos: “Del oído: su hija de usted, a cada momento, cree oír la voz del Padre que la ordena que haga esto, aquello o lo de más allá... De la vista: su hija de usted cree que a ciertas horas se aparece, a su lado, El Padre” (706). Un elemento curioso del caso de Argos es la “llaga milagrosa en la frente,” que describe Moragas en el mismo pasaje. Esta llaga podría ser una manifestación física de la lesión en el cerebro que teorizó Charcot. Todos estos detalles demuestran un profundo conocimiento de los textos médicos de la época por parte de Pardo Bazán, conocimiento que luego usará para subvertir los mismos textos.

Al reflexionar sobre el concepto de la histeria en el siglo XIX, sale a relucir la existencia de una dinámica inherentemente desigual que privilegiaba al hombre. La mayoría de las pacientes eran mujeres, mientras que todos los médicos eran hombres. Las pacientes no tenían agencia en la expresión, la descripción ni en el tratamiento de su enfermedad. Este desequilibrio no solo reforzaba la norma de género patriarcal establecida, sino que también obligaba a los médicos varones a interpretar la sexualidad femenina al nivel biológico y psicológico. Los hombres observaban, describían, estudiaban y proponían tratamientos para la histeria, presumiendo que conocían esta enfermedad que era, por la mayor parte de su presencia en el conocimiento médico, exclusivamente femenina. En su estudio del cuento “Error de diagnóstico,” Smith afirma que el personaje del médico creado por Pardo Bazán demuestra una arrogancia y falta de cuidado al diagnosticar la enfermedad de una chica sin examinarla por completo: “Hysteria, then is portrayed as a catch-all diagnosis that both hides doctors’ ignorance and prejudices regarding women and their dismissal of the real afflictions from which so many women were suffering at the time, be they physical, psychological, or both” (101). De esta manera, asignar el nombre de ‘histeria’ al conjunto de síntomas

demostrados por una mujer impedía, a menudo, el diagnóstico de la verdadera enfermedad. Varios críticos, como Beizer (17) y Jagoe (344), e historiadores como Micale (396), reconocen el carácter cambiante de esta enfermedad, a la cual los médicos de entonces atribuían una lista infinita de síntomas. Aunque médicos como Charcot establecían una taxonomía de síntomas comunes en la mayoría de los pacientes de histeria, prácticamente todo se englobaba dentro de este diagnóstico.

En *Doña Milagros* todos los personajes que tienen la autoridad de describir y curar la enfermedad de Argos son hombres: el doctor Moragas, el Padre Incienso y don Dióscoro. Ni don Benicio ni el Padre Incienso entienden los factores que contribuyen a su condición, en especial las expectativas represivas de la sociedad española finisecular sobre el comportamiento esperado de la mujer. En el pasaje en que don Dióscoro le explica a don Benicio la enfermedad de su hija, Pardo Bazán coloca el reconocimiento de todas las causas biológicas, psicológicas, sexuales y sociales en él, el médico más tradicional quien utiliza el método de las sanguijuelas para sangrar a la paciente histérica.<sup>6</sup> Don Dióscoro señala lo siguiente: “El injusto mundo, señor don Benicio, hace a las doncellas responsables de este mal ... cuando este mal es precisamente un certificado público de vida honesta y de pureza incólume, pues las mujeres que se entregan a desarreglos como el varón, apenas conocen tan terrible padecimiento” (Pardo Bazán 745). Es significativo el hecho de que el tratamiento de las sanguijuelas es el más efectivo en la recuperación de Argos (753). Pardo Bazán prefiere los métodos somáticos de un médico como don Dióscoro porque no dependen de la idea de la histeria como una enfermedad femenina y pueden tratar cualquier cuerpo humano. La autora aboga por los tratamientos más tradicionales o antiguos, que atienden a los síntomas físicos mismos y que no se enfocan en calmar el temperamento nervioso de la mujer. Ella plantea una crítica de las ideas y tratamientos contemporáneos que giran en torno a la histeria, como los de Carter, John Conolly, Thomas Laycock y otros, que atribuían esta enfermedad a una imperfección inherente de la mujer sin tomar en cuenta que la esfera social represiva contribuía al desarrollo de la histeria. Utilizando su conocimiento de los discursos médicos de la época, Pardo Bazán mezcla los discursos antiguos y contemporáneos para desafiar la idea de la histeria como una aflicción femenina.<sup>7</sup> La autora emplea su voz contra las de los médicos y crea los ejemplos literarios de Argos y don Benicio para cuestionar la teoría médica relativa al cuerpo de la mujer.

Para iniciar un diálogo con los discursos médicos de su época, Pardo Bazán presenta un caso de histeria típico en el personaje de Argos. La práctica de mezclar el registro literario con la jerga científica, común en los textos del siglo XIX (Ender 26), facilita la comparación entre la descripción médica de un ataque de histeria y su representación literaria. Por eso, las descripciones de los síntomas de Argos coinciden con los que Charcot describe en los ataques de sus pacientes. Aunque Argos exhibe los síntomas conocidos de la histeria, hay elementos que Pardo Bazán incluye en su caso que nos invitan a cuestionar los discursos médicos y la caracterización de la histeria como una enfermedad establecida bajo los términos del sexo. Estos elementos son la excesiva devoción religiosa que practica Argos, su talento para cantar y los efectos que el encierro tiene sobre ella.

La principal diferencia entre la conceptualización de la histeria masculina y femenina radica en que a la primera se otorga al hombre un papel activo en la génesis de la enfermedad y en

el deterioro de los síntomas, mientras que en la segunda se atribuye a la mujer un rol pasivo. En otros términos, el comportamiento caracterizado por la entrega al vicio, como tener relaciones sexuales fuera de matrimonio o tomar un exceso de alcohol, era lo que producía y agravaba la histeria en el hombre (Charcot, “On a Case of Male Hysteria” 131). Por otro lado, la histeria de la mujer se veía como el resultado de unos factores que ella no podía controlar, por ejemplo, su disposición inherente a las emociones fuertes (Micale 406, Furst 114). En el caso de Argos, Pardo Bazán complica esta distinción entre histeria masculina y femenina porque, aunque es mujer, ella juega un papel activo en el agravamiento de su enfermedad. Este comportamiento activo es el ejercicio obsesivo de su devoción religiosa, la cual don Benicio describe en la novela de la siguiente manera: “Verdad que no asistía casi a ninguno de los actos de la vida familiar. Nada: mi hija se había ‘dado a la mística’ ... Sólo [sic] que la crisis se graduaba, y ahora tenía su devoción un carácter de vehemencia que rayaba en insano frenesí. Si puede la devoción calificarse de manía, maniática estaba Argos” (Pardo Bazán 667). La devoción religiosa, especialmente en un país mayormente católico como España, puede considerarse un canal beneficioso y aceptado para reconducir la energía y el espíritu de la mujer. Asistir regularmente a misa y confesarse eran dos de las responsabilidades de la mujer española de la época. Sin embargo, cuando esa devoción religiosa llegaba al extremo y alcanzaba el nivel de manía como en el caso de Argos, o cuando no se mantenía un balance en las emociones de la mujer, se podían despertar en ella las mismas pasiones que los médicos y los religiosos buscaban reprimir. La intensidad de la devoción religiosa de Argos es un ejemplo de la “excessive indulgence” que describe Conolly, un médico inglés, como uno de los factores que empeoran la histeria (185). El fervor que ella demuestra por la espiritualidad y la religión se equipara al vicio en la histeria masculina, comportamiento que acelera el progreso de la enfermedad.<sup>8</sup>

La devoción religiosa excesiva de Argos adquiere una doble connotación. Además de ser una devota extrema de las prácticas de la religión católica, la joven se obsesiona con una figura masculina de la Iglesia, el Padre Incienso. Doña Milagros lo llama el Adán y Argos la Eva, comparando los personajes con las figuras bíblicas que se asocian con la pérdida del paraíso por el pecado original. Junto con el discurso médico sobre las causas de la histeria, Pardo Bazán incorpora el discurso popular sobre las relaciones entre el hombre y la mujer a través del personaje de doña Milagros, quien dice al respecto: “Todas cuantas desdichas y berrinches aguantamos, le vinieron a Adán por Eva y a Eva por Adán ... Siempre que vea usted [sic] una mujer o un hombre con fatigas de muerte, no se derrita los sesos cavilando: es por la otra cara de la luna” (Pardo Bazán 679). Argos se entrega por completo a la devoción religiosa para suprimir su frustración sexual. Irónicamente, esa devoción la lleva a desarrollar un deseo sexual hacia su confesor. Enamorarse de un cura aumenta la frustración de Argos al no poder satisfacer este deseo, y no le queda el remedio de casarse para aliviarla.

Aunque la frustración sexual es un componente de la histeria según el conocimiento médico del siglo XIX (Veith 201) y es una parte del caso de Argos que Pardo Bazán utiliza para presentar un ejemplo típico de esta enfermedad, algunas peculiaridades con respecto a este factor nos hacen cuestionar la situación del personaje. Los médicos de la época reconocían que las mujeres no contaban con las maneras de aliviar sus deseos sexuales del mismo modo que los hombres. Sobre esa discrepancia, dice Carter: “Man, on the contrary, has such facilities for its [sexual desire’s] gratification, that as a source of disease it is almost inert against

him, and when powerfully excited, it is pretty sure to be speedily exhausted through the proper channel” (33). Ese “proper channel” al que se refiere Carter puede ser la búsqueda de los servicios de una prostituta, figura vista como un mal necesario en el siglo XIX precisamente con ese fin. Las mujeres no tenían acceso a este canal de alivio, y por eso el remedio recomendado para ellas era contraer matrimonio (Laycock 189). En la época, casarse en una edad tardía conllevaba una implícita connotación de frustración sexual por parte del individuo, porque antes no había podido satisfacer sus deseos. Tula, una de las hijas de Neira, encuentra el alivio casándose pronto y mal con un hombre de una clase social inferior a la de su familia. Feíta, su hermana menor, insinúa que la única razón por la cual Tula se casa es para aliviar su frustración sexual: “Tula tiene amores ... Se lo juro, papá: tiene amores con un cojo, un escribiente de la Diputación ... Los tendría con el palo de una escoba, créame, con el afán que ahora la ha entrado por novio” (Pardo Bazán 736). Este casamiento le da mucha vergüenza a don Benicio porque, por la disminución de la herencia, a su hija no le quedó más remedio que casarse con un hombre de una clase social más baja que ella. Para Argos, casarse no parece ser una solución para el alivio de su deseo sexual. Don Benicio reconoce que su familia está perdiendo dinero y que por la mala administración de sus tierras, tiene que pedir ayuda para cobrar la renta (652, 772). Los bienes de esta familia aristocrática, la herencia que supuestamente mostraría a las hijas de Neira más atractivas para casarse con jóvenes aristócratas, no serán un factor decisivo en su futuro. Don Benicio se preocupa por la posibilidad de que sus cinco hijas mayores no se casen debido a la disminución de su herencia (622). Así, la autora empieza a fusionar el discurso médico de la histeria con la realidad socioeconómica finisecular de la aristocracia empobrecida. Esta realidad social y familiar le deja a Argos con pocas opciones para su futuro. Aunque no puede casarse para curar su enfermedad, Pardo Bazán presenta en el caso de Argos un canal alternativo para sus deseos sexuales, a la vez que sigue desafiando el conocimiento médico sobre la histeria.

Un síntoma que Charcot reconoce en ciertos casos de histeria es la pérdida de la voz (Ragan 142) y, en otros, “the *globus hystericus* or sensation of a lump in the throat” (Micale 399) que también se describe como “a feeling of being strangled” (Smith 94). Sin embargo, Argos no exhibe estos síntomas. No solo tiene su voz, sino que canta de una manera singular. En palabras de don Benicio: “la voz de mi hija, apenas educada, me pareció, en efecto, un prodigio; al entonar los primeros compases del *Ave María* de Gounod, vibraban en su acento toda la pasión y toda la arrebatada sensibilidad de su carácter: era una voz profunda, timbrada, sonora, pastosa, que llegaba al corazón” (Pardo Bazán 668-69). Con el empleo de palabras como “vibraban,” “pasión,” “profunda” y “llegaba al corazón” en la descripción del acto de cantar, Pardo Bazán lo asimila al acto sexual y lo imbuye con un poder curativo para el personaje. A través de la fuerza y la pasión de su voz, Argos recobra la autoridad sobre su propio cuerpo y sus deseos. Así mismo, en el canto de Argos, Pardo Bazán disfraza el acto sexual y le da un canal para aliviar la presión de esos deseos. No es casualidad que cuando canta al final de la novela, Argos deja de experimentar los síntomas de la histeria. Al presentar una mujer histérica que retoma el control cantando con una voz profunda y apasionada, y cuyo canto contrasta directamente con la pérdida de la voz observada por Charcot en sus pacientes, Pardo Bazán subvierte el discurso médico y social de la represión de la mujer finisecular. La idea de la falta de una voz se puede extender también a la caracterización de la dinámica desigual entre los médicos varones, que cuentan con la autoridad de diagnosticar

y de describir la histeria, y las pacientes mujeres, que son relegadas al rol de sujeto pasivo y desempoderado. Mientras que la mujer puede perder su voz por la histeria, es esa estrangulación simbólica la que causa la enfermedad. Con el personaje de Argos, Pardo Bazán muestra que, para curar los síntomas de la histeria para que la mujer recupere la voz, es imperativo que tenga las mismas oportunidades de expresarse que un hombre. La represión sexual de la mujer y las restricciones de la sociedad precipitan esta enfermedad y, por ello, Pardo Bazán critica en varias de sus obras la norma restrictiva del encierro como un remedio para la histeria.

Según las normas de la época, la mujer estaba destinada al espacio interior, lo cual significaba no solamente que la parte sentimental del ser humano se asociaba con la mujer, sino también que ella quedaba restringida al hogar en sus trabajos de madre y ama de casa (Ender 47). Por este motivo, los médicos decimonónicos como el estadounidense Silas Weir Mitchell apoyaron el “rest cure” como un remedio eficaz para la histeria en la mujer (Veith 216). Durante esta terapia de descanso forzado la mujer guardaba cama durante unas semanas o meses y, para médicos como Mitchell, esa técnica les aliviaba los síntomas de la histeria producidos por un desequilibrio nervioso (217). En su análisis de *Los Pazos de Ulloa*, Ragan afirma que Pardo Bazán responde a esta propuesta de cura con el personaje de Nucha, al inferir que la falta de ejercicio y estimulación es la causa de la histeria en ella, no la cura de su enfermedad (150). La cuestión de si el espacio interior es el único lugar apropiado y beneficioso para la mujer también aparece en *Doña Milagros*, mientras don Benicio piensa en el futuro de cada una de sus hijas. Él es conservador y, por tanto, quiere que ellas acepten los roles tradicionales de la mujer. Cuando el doctor Moragas le pregunta qué tipo de rol deben ejercer las mujeres en la sociedad, don Benicio contesta de esta manera: “¡Lo que hicieron siempre... lo que hizo mi santa madre! Mucho coser... mucho rezar... en casita... y querer a su marido y a sus hijos!” (Pardo Bazán 703). Otros personajes como Moragas expresan opiniones que reconocen las pocas opciones que estos roles les proveen a las mujeres y cómo estas limitaciones podrían haber contribuido a la enfermedad de Argos.

Caracterizada por “a strengthening of the concept of separate spheres of the sexes” (Smith 96), la época finisecular designó el ámbito social y exterior al hombre, y el interior a la mujer. El concepto del ‘ángel del hogar’ seguía como el modelo para el rol de la mujer en la sociedad española. Un personaje de *Doña Milagros* que rechaza esta conceptualización es Feíta Neira, cuyo sueño mayor es: “ejercer una profesión ... y vivir de mi ciencia y de mi trabajo” (Pardo Bazán 737). Don Benicio se ríe de las aspiraciones profesionales de Feíta, asegurándole que son imposibles para una mujer. Asimismo, le niega el uso de su talento para leer y estudiar, y la oportunidad de ocupar otra función primaria que no sea la de ser madre y ama de casa. En cuanto a Argos, es esa misma restricción social y espacial la que agrava la enfermedad en ella. Argos no sale de casa sino para dar paseos con sus hermanas al principio de la novela y, más adelante, para ir a misa. El remedio que le recomienda el Padre Incienso es que don Benicio “debe prohibirla que frecuente tanto la iglesia, y no permitirle sino aquellos actos de piedad que no omite ningún buen cristiano. En el cuidado de su casa; en las labores de su sexo; en honestas distracciones, propias de su clase y estado” (692). Vemos que mientras Argos sigue esta recomendación quedándose en casa y participando solamente en “las labores de su sexo,” su histeria empeora de forma continua. Cuando ella canta en la procesión religiosa al final de la novela y empieza a mejorarse, Pardo



Bazán insiste en la importancia de darle a la mujer otras oportunidades y posibilidades para usar su propio talento que no son “las labores de su sexo.” De esta forma, la autora discrepa de las normas sociales y, en el caso de Argos, de la recomendación del cura de relegar a la mujer a espacios y roles predeterminados.

La opinión del doctor Moragas va en contra del “rest cure” para la histeria y de la restricción social de la mujer en general. Casi recrea el proceso del desarrollo de la enfermedad en Argos cuando dice: “Que como la mujer no puede dar carrera ninguna ... se le va almacenando dentro, en los sentidos, en el cerebro, en el corazón, toda esa fuerza ... y, en ciertas organizaciones, se produce fatalmente la explosión” (Pardo Bazán 703). Aunque la situación particular de Argos no ha llegado a ese punto fatal, es cierto que la falta de estimulación le ha causado almacenar la presión psicológica que la llevó a la histeria. Moragas reconoce la situación desafortunada en que se encuentra una mujer que quiere ejercer una profesión y participar en la vida pública, pero que no puede: “No las muchachas todas... pero sí algunas muchachas... bastantes muchachas... las que poseen en alto grado ciertas facultades y no logran atrofiarlas con la vida pasiva a que las costumbres y las instituciones condenan a la mujer. ¡Pobrecillas! ¿Qué quiere usted que hagan, don Benicio?” (703). Aquí Pardo Bazán aboga contra el “rest cure” de los discursos médicos de la época y la restricción de la mujer al espacio interior, mostrando que es precisamente este encierro y falta de estimulación lo que contribuye a la histeria en Argos. Además de cuestionar los síntomas y tratamientos para la histeria a través del caso de Argos, Pardo Bazán desafía, mediante el personaje de don Benicio, los discursos médicos y sociales.

Charcot promovía la idea de una histeria masculina en el siglo XIX enraizada en causas distintas a la histeria femenina. En un caso de histeria masculina que presentó en el Hospital de la Salpêtrière, Charcot notó los síntomas del ataque en el paciente: “whistlings in his ears, throbbings in his temples, vertigo, he falls unconscious” (“On a Case of Male Hysteria” 138). Según Charcot, la histeria en los hombres provenía del alcoholismo, el uso de drogas y la fornicación excesiva (131). Otras causas incluían “sexual frustration,” “overwork,” e “internalized cultural pressure to succeed” (Showalter 294-95). Estas causas mencionadas por Showalter tienen que ver con la vida exterior del hombre; o sea, su posición como trabajador y participante en la vida pública. En su descripción de la histeria masculina, Carter niega el factor emocional que tiene la histeria femenina, al afirmar que los hombres no tienen las mismas emociones fuertes que las mujeres (34), mientras que para Charcot, “[w]hen hysteria in males was precipitated by a purely emotional force, it was elicited most often by such ‘manly’ emotions as rage, jealousy, and agitation” (Micale 406). En su novela, Pardo Bazán responde a estas descripciones de la histeria masculina con el personaje de Benicio Neira.

Don Benicio experimenta un ataque histérico como el que describe Charcot en su paciente varón: “Mi palidez, mi susto, fueron tales que sobresaltaron a Moragas. Sentí un estremecimiento que bien puedo calificar de terror sagrado: aquel escalofrío de que habla Job, que entre las nocturnas tinieblas heló en sus venas la sangre y erizó sus cabellos, vino a resbalar, como un hálito de tumba, sobre mi rostro que la angustia bañó en sudor glacial” (Pardo Bazán 707). Este ataque y su disposición nerviosa natural sugieren que don Benicio sufre de la histeria. Después de la muerte de su esposa y de enamorarse de doña Milagros,

se frustra sexualmente por no poder consumar su deseo al ser ella una mujer casada. Varias de las causas de su enfermedad se atribuyen al ámbito social y a su esfuerzo por satisfacer el rol tradicional masculino.

Don Benicio vive con la presión de mantener económicamente a su familia, y de cumplir con su rol de padre y esposo. A medida que va perdiendo sus bienes, su capacidad para mantener a su familia se debilita. Tampoco ejerce autoridad en su propia casa, porque su mujer tomó el control cuando estaba viva y él nunca pudo recuperarlo. Al reflexionar sobre la relación de poder entre él y su esposa, don Benicio dice: “¡Ah, Ilduara mía, compañera fiel y leal, casta y honrada esposa! Créelo: en aquel momento lamenté de todo corazón mi carácter débil y la resignación completa que en tus manos hice del poder desde que nos unió la santa coyunda. Toda autoridad que se subvierte, se corrompe” (Pardo Bazán 626). Cuando el Padre Incienso le sugiere que tome el control de sus hijas, reconoce que no es posible “por la costumbre que había contraído mi esposa de ejercer plena autoridad en el hogar doméstico... y mi asentimiento a dejarla exclusivamente en sus manos... es lo cierto que las niñas se habituaron a obedecerle a ella... y... faltando ella... a mí... a mí... no me tienen respeto” (693). Con la falta de respeto de sus hijas, su incapacidad de tomar el control en su propia casa y su debilitamiento económico, el personaje de don Benicio se representa como un hombre feminizado de acuerdo con las expectativas sociales de la época en cuanto al comportamiento masculino. Según los discursos médicos contemporáneos a la obra de Pardo Bazán, se veía a los hombres histéricos como figuras femeninas (Ender 37). En el caso de don Benicio, no es un exceso del comportamiento masculino lo que produce su histeria, sino su incapacidad de cumplir con su papel determinado como padre y cabeza de hogar. La presión de satisfacer este rol estricto exalta sus nervios y le provoca mucho estrés, razón por la cual exhibe síntomas de histeria.

Otra causa de los síntomas histéricos en don Benicio es la falta de oportunidades que tiene para satisfacer sus deseos sexuales. Como apunta Elizabeth J. Ordóñez, ya que la mujer de don Benicio ha muerto al principio de la novela, no tiene el acceso a una manera socialmente aceptada de expresar su sexualidad (318). Identifica su deseo por doña Milagros como ilícito: “Pensando en esto, casi se me saltaban las lágrimas de rabia y despecho. No ha de llamarse celos lo que yo sentía, entonces. Era más bien un remordimiento doble y agudo; el de haber ofendido y abreviado la vida a mi buena esposa...” (Pardo Bazán 713). El conflicto entre la lealtad a su esposa muerta, el deseo por doña Milagros y la necesidad de expresar su sexualidad natural provocan en don Benicio mucha presión y la experimentación de un ataque de histeria.

La incapacidad de cumplir con una expectativa social está presente también en el personaje de Argos, puesto que la imagen esperada de la mujer en el siglo XIX era que fuera completamente pura y casta (Ender 40). En este personaje, dicha expectativa se lleva al extremo por su asociación con la Virgen María, ya que el propio apodo de Argos se refiere a “la Virgen del camarín de la Catedral, más conocida por *Nuestra Señora de los ojos grandes*” (Pardo Bazán 596). Esta asociación continúa hasta el final de la novela, cuando su padre se da cuenta de las similitudes físicas entre ella y una estatua de la Virgen (759). Sin embargo, Argos no puede compararse y llegar a las expectativas de pureza y castidad de la Virgen María, porque es un ser humano de carne y hueso que experimenta deseos sexuales

naturales. Su intento de negociar estos deseos u ocultarlos a través del fervor religioso, falla. El choque que se produce entre los deseos carnales y la imagen de pureza y castidad en Argos es lo que le lleva a la histeria. Su padre, Benicio, tampoco puede cumplir con su papel de autoridad de la casa. Los dos personajes están frustrados, tanto por los obstáculos a la satisfacción de sus deseos sexuales, como por la imposibilidad de actuar dentro de los parámetros impuestos en ellos por la sociedad finisecular.

A través del remedio alternativo del canto, la refutación del encierro como curación efectiva y algunos de los síntomas demostrados por Argos como su persecución activa del vicio del fervor religioso excesivo, Pardo Bazán cuestiona la autoridad de los discursos médicos que definen la histeria como una enfermedad que se distingue en función del género. De igual manera, no son los excesos del comportamiento masculino típicos de la conceptualización de la histeria masculina los que causan esta condición en don Benicio, sino una incapacidad de poner en práctica el comportamiento tradicional de la masculinidad. Desafiando las teorías de los médicos que señalaban la génesis de la histeria en un defecto inherente de la mujer que la predispone a los ataques, Pardo Bazán afirma que la mujer no es biológicamente inferior al hombre. La autora utiliza su conocimiento de los tratados médicos para crear personajes de ambos sexos que experimentan síntomas de la histeria. Asimismo, se decanta por los tratamientos que intentan curar al individuo de cualquier sexo al plantear que Argos recobra su salud gracias a los tratamientos más tradicionales de un médico que utiliza sanguijuelas frente a los métodos más avanzados del siglo XIX que sí diferenciaban los tratamientos en base al género del individuo. Para Pardo Bazán, la histeria no discrimina, es una enfermedad causada por la presión social sobre las mujeres y los hombres por cumplir con roles tan ideológicamente marcados que rozan en lo imposible. En los personajes de Argos y don Benicio, la esfera social se presenta como causa innegable de la enfermedad, y es esta la que necesita cambiarse como remedio clave.<sup>9</sup>

*University of North Carolina at Chapel Hill*

## Notas

<sup>1</sup> Empleamos el término “género” de acuerdo con el contexto del siglo XIX, como lo masculino contra lo femenino, o el hombre contra la mujer. Precisamente son esta concepción binaria del género y la manera en que la autora juega con ella, lo que crea la oportunidad de investigar la enfermedad de género en la novela.

<sup>2</sup> Como parte del “ciclo de Adán y Eva” de Pardo Bazán, el cual agrupa esta novela con *Memorias de un solterón* (1896), se ha estudiado *Doña Milagros* en términos de la alegoría religiosa que contiene (Goldin), el tratamiento de la sexualidad femenina (Walter) y las percepciones de género presentes en la novela (Ordóñez). Se ha mencionado la cuestión de la histeria en esta novela en conexión con el análisis de Walter sobre la sexualidad y el de Goldin sobre la alegoría religiosa, pero no se ha estudiado el elemento de la histeria en sí mismo.

<sup>3</sup> Entre el siglo XIX y la actualidad, con un periodo de intermisión por parte de Freud, se ha negado la existencia de la histeria como una condición médica. Pero, como la novela que estudiamos en este trabajo se inscribe en el contexto histórico y cultural del siglo XIX, cuando la histeria fue aceptada como una enfermedad mental legítima, es preciso utilizar este término para describir la condición que presenta Pardo Bazán. Además, los propios médicos en la novela lo usan para referirse a los síntomas de Argos. Así que aludir a la histeria concuerda con el concepto de la época. Argumentamos que el término ‘histérico’ se puede también aplicar a don Benicio, a pesar de no aparecer en la novela para describir sus síntomas.

<sup>4</sup> El médico inglés Robert Brudenell Carter explica el razonamiento en 1853 de esta manera:

If the relative power of emotion against the sexes be compared in the present day, even without including the erotic passion, it is seen to be considerably greater in the woman than in the man, partly from that natural conformation which causes the former to feel, under circumstances where the latter thinks; and partly because the woman is more often under the necessity of endeavoring to conceal her feelings. (33)

<sup>5</sup> Un médico inglés, Thomas Laycock, escribió en 1840 que las prácticas de las mujeres de la época, como dibujar, bordar, y todo tipo de actividad dentro de la casa, dañaban al sistema nervioso, causando un desequilibrio dentro del cerebro (189). Para prevenir la histeria Laycock recomienda el casamiento, pero John Conolly, otro médico inglés, también advierte contra los malos casamientos, al decir que “marriages immature or physically disproportionate [. . .] are causes of hysteria” (185). Así que el casamiento bien pensado fue una manera de prevenir la histeria propuesta por innumerables médicos de la época.

<sup>6</sup> Aunque este método podría considerarse anticuado o primitivo para la medicina del siglo XIX, Catherine Jagoe afirma que varios médicos españoles de la época todavía lo usaban para tratar la histeria (345).

<sup>7</sup> Basándonos en los numerosos ejemplos de personajes pardobazanianos que manifiestan síntomas de esta enfermedad, y la manera en que esas representaciones reflejan fielmente no solo las teorías del mismo Charcot, sino también las de varios otros médicos de la época, podemos decir con certeza que la autora demostró un amplio conocimiento de textos médicos sobre la histeria publicados en el siglo XIX. Además, los estudios de Núñez, Pozzi,

---

Ragan y Smith, entre otros, ya han establecido una conexión entre Pardo Bazán y las teorías de la historia de su época.

<sup>8</sup> Otra obra decimonónica conocida por la conexión entre la historia y la devoción religiosa excesiva es *La Regenta* (1884-1885) de Leopoldo Alas “Clarín.” Para una discusión sobre la historia en esta obra, véase Gies, Labanyi, Sieburth, Tomsich y Valis.

<sup>9</sup> Quiero reconocer a todos los que me han ayudado en el proceso de revisar este estudio, incluyendo a la Dra. Irene Gómez Castellano, al Dr. Juan Carlos González Espitia y al Dr. Carlos Vázquez Cruz; a mis colegas Jhonn Guerra Banda, Brenda Quiñones Ayala y Sandra García Gutiérrez; así como a los lectores externos y editores de *Decimonónica*. Les agradezco mucho sus comentarios y sugerencias, los cuales han sido invaluable en el desarrollo de este artículo.

## Obras citadas

- Beizer, Janet. *Ventriloquized Bodies: Narratives of Hysteria in Nineteenth-Century France*. Cornell UP, 1994.
- Carter, Robert Brudenell. *On the Pathology and Treatment of Hysteria*. John Churchill, 1853, [books.google.com/books/about/On\\_the\\_pathology\\_and\\_treatment\\_of\\_hyster.html?id=HxUDAAAAQAAJ](https://books.google.com/books/about/On_the_pathology_and_treatment_of_hyster.html?id=HxUDAAAAQAAJ). Acceso 17 Nov. 2016.
- Charcot, Jean-Martin. *Charcot, the Clinician: The Tuesday Lessons: Excerpts from Nine Case Presentations on General Neurology Delivered at the Salpêtrière Hospital in 1887-88*. Traducido por Christopher G. Goetz, Raven P, 1987.
- . "On a Case of Male Hysteria." *Before Freud: Hysteria and Hypnosis in Later Nineteenth-Century Psychiatric Cases*, editado por Lilian R. Furst, Bucknell UP, 2008, pp. 112-52.
- Conolly, John. "The Cyclopaedia of Practical Medicine: Comprising Treatises on the Nature and Treatment of Diseases, Materia Medica and Therapeutics, Medical Jurisprudence." *Embodied Selves: An Anthology of Psychological Texts 1830-1890*, editado por Jenny Bourne-Taylor y Sally Shuttleworth, Clarendon P, 1998, pp. 184-87.
- Ender, Evelyne. *Sexing the Mind: Nineteenth-Century Fictions of Hysteria*. Cornell UP, 1995.
- Furst, Lilian R. *Before Freud: Hysteria and Hypnosis in Later Nineteenth-Century Psychiatric Cases*. Bucknell UP, 2008.
- Gies, David T. "Romanticismo e histeria en España." *Anales de Literatura Española*, vol. 18, 2005, pp. 215-25.
- Goldin, David. "The Metaphor of Original Sin: A Key to Pardo Bazán's Catholic Naturalism." *Philological Quarterly*, vol. 64, no. 1, 1985, pp. 37-49.
- Jago, Catherine. "Sexo y género en la medicina del siglo XIX." *La mujer en los discursos de género: Textos y contextos en el siglo XIX*, editado por Catherine Jago, Alda Blanco y Cristina Enríquez de Salamanca, Icaria, 1998, pp. 305-67.
- Labanyi, Jo. "Mysticism and Hysteria in *La Regenta*: The Problem of Female Identity." *Feminist Readings on Spanish and Latin American Literature*, editado por L.P. Condé y S. M. Hart, Edwin Mellon P, 1991, pp. 37-46.
- Laycock, Thomas. "A Treatise on the Nervous Diseases of Women: Comprising an Inquiry into the Nature, Causes and Treatment of Spinal and Hysterical Disorders." Bourne-Taylor y Shuttleworth, pp. 188-90.
- Micale, Mark S. "Charcot and the Idea of Hysteria in the Male: Gender, Mental Science, and Medical Diagnosis in Late Nineteenth-Century France." *Medical History*, vol. 34, 1990, pp. 363-411.
- Núñez, Abersio. "Histeria, abulia y la constitución del sujeto masculino/emasculado en *Los Pazos de Ulloa*." *LL Journal*, vol. 6, no. 1, 2011, [lljournal.commons.gc.cuny.edu/2011-1-nunez-texto](http://lljournal.commons.gc.cuny.edu/2011-1-nunez-texto). Acceso 23 Feb 2018.
- Ordóñez, Elizabeth J. "Gender Woes: Reconfiguring Familial Spheres in Pardo Bazán's *Doña Milagros*." *Hispanic Journal*, vol. 20, no. 2, 1999, pp. 311-25.
- Pardo Bazán, Emilia. *Doña Milagros*. 1894. *Obras completas*, vol. 3, editado por Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, Biblioteca Castro, 1999, pp. 571-776.

- Pozzi, Gabriela. "Usos de la histeria, el discurso científico y la sexualidad en tres cuentos fantásticos de Emilia Pardo Bazán." *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, vol. 73, 1997, pp. 83-97.
- Ragan, Robin. "Another Look at Nucha's Hysteria: Pardo Bazán's Response to the Medical Field of Late Nineteenth-Century Spain." *Letras Femeninas*, vol. 30, no. 1, 2004, pp. 141-54.
- Showalter, Elaine. "Hysteria, Feminism and Gender." *Hysteria Beyond Freud*, editado por Sander L. Gilman, California UP, 1993, pp. 286-344.
- Sieburth, Stephanie. *Reading 'La Regenta': Duplicitous Discourse and the Entropy of Structure*. J. Benjamins Publishing Co., 1991.
- Smith, Jennifer. "Reinterpreting Hysteria under Patriarchy in Emilia Pardo Bazán's 'La novia fiel' and 'Error diagnóstico'." *Decimonónica*, vol. 9, no. 1, 2012, pp. 92-106.
- Tomsich, María Giovanna. "Histeria y narración en *La Regenta*." *Anales de Literatura Española*, vol. 5, 1986, pp. 495-517.
- Valis, Noël. "Hysteria and Historical Context in *La Regenta*." *Revista Hispánica Moderna*, vol. 53, 2000, pp. 325-51.
- Veith, Ilza. *Hysteria: The History of a Disease*. Chicago UP, 1965.
- Walter, Susan. "'After the Apple': Female Sexuality in the Writings of Emilia Pardo Bazán." *Decimonónica*, vol. 9, no. 2, 2012, pp. 88-105.